

Héctor García: un fotógrafo de nuestro tiempo

♦
IVÁN CARRILLO

I

Desde el día en que entrevisté a Héctor García y supe de su incansable vocación de trotamundos, comencé a albergar cierta curiosidad por conocer su casa. Mi interés se despertó todavía más cuando el fotógrafo afirmó que él, “como el caracol, llevaba la morada a cuestas”, refiriéndose así a su agencia fotográfica Photopress, que nunca ha desatendido y que ha edificado desde siempre junto con su esposa y gran colaboradora María. Aumentaron mi fascinación y mi sorpresa cuando Héctor García me dijo que era precisamente en su propio hogar donde custodiaba con celo los más de cinco millones de negativos que ha emulsionado con sus ojos astutos a lo largo de cincuenta y cuatro años de ejercicio como fotógrafo de prensa.

Cualquiera que se haya asomado a un archivo de unos cuantos miles de negativos sabrá que la cifra que me reveló Héctor García es en verdad sorprendente y significativa. Implica una fecundísima y apasionada actividad dentro del campo fotográfico. Me surgió entonces la siguiente pregunta: ¿cómo vivirá el fotógrafo en medio de ese mar de celuloide y plata que se refiere a la historia moderna de nuestro país, a los movimientos sociales, a las culturas indígenas, a las personas marginadas, a los grandes personajes, etcétera? A partir de entonces, la idea de volver a conversar con el fotógrafo en medio del mare magnum de su archivo me pareció la manera más acertada de conocer a fondo la personalidad de Héctor García.

Mientras me dirijo por la avenida Cumbres de Maltrata, en la colonia Narvarte, rumbo a su casa, voy alimentando mi curiosidad por ese acervo fotográfico —que me limitaré a mirar, porque la única que en verdad lo conoce

es María García— con la suposición extraña y fantasiosa expresada alguna vez —si mal no recuerdo— por Juan José Gurrola. En ella, el teatrero había imaginado cuán maravilloso le resultaría el hecho de que cada vez que se tomara una fotografía desapareciera del mundo real el encuadre que había sido captado por la cámara fotográfica; es decir, que el recuadro visual seleccionado dentro de los lindes del visor se extinguiera de la dimensión de lo visible y dejara en su lugar un rectángulo lleno de la inmensidad de la nada.

De ocurrir así, el mundo prácticamente hubiera desaparecido ante la avidez de imágenes fotográficas que padecemos los seres humanos modernos. Empero, comprendidas desde cierta posición, no podemos considerar como disparatadas del todo las palabras de Gurrola; porque si bien la fotografía no absorbe o no se come la imagen del mundo espacial como él quisiera, sí lo consigue hacer, y esto de manera innegable y contundente, con la del mundo de lo temporal. De tal suerte, cada vez que, frente a un suceso, se aprieta el botón de la cámara fotográfica, parecen sobrevenir agujeros cuadrilongos en el velo traslúcido que el espectro del tiempo, de modo implacable, extiende entre un momento y otro futuro: cada fotografía es siempre una pequeña ventana al pasado. De esta manera, a lo que en realidad se dedica cualquier fotógrafo es a materializar bidimensionalmente aquellos instantes en el tiempo que, por algún motivo, se han considerado lo bastante importantes como para ser necesario apropiarse de ellos. En el caso específico de un fotógrafo de prensa, su labor debe ir aun más allá. Citemos a Susan Sontag: “El fotógrafo simultáneamente saquea y preserva, denuncia y consagra.” A esta difícil tarea ha dedicado toda su vida Héctor García.

Cuando por fin llego al zaguán negro con el número 123, me recibe Lupita, una de las cinco colaboradoras que actualmente trabaja en la ardua organización, clasificación y preservación del acervo. Lo primero que percibo al entrar a la casa del fotógrafo es un leve aroma a sustancias químicas; inmediatamente recuerdo las palabras de Manuel Álvarez Bravo: "El fotógrafo —para serlo— debe sentir correr por sus venas el hiposulfito y la hidroquinona." En casa de Héctor García, quien es, al mismo tiempo, "amigo, discípulo, colega y compadre" de don Manuel, se corrobora sin duda tal afirmación.

Quien se imagine que el interior de la casa de Héctor García corresponde a la arquetípica habitación del mexicano urbano con su salita, comedor y cuarto de televisión estará por completo equivocado. La gran estancia donde me encuentro —lo delata toda su disposición— es, además de un hogar, un centro de operaciones fotográficas y de documentación. En los rincones se encuentran apilados periódicos, revistas y libros. En un extremo se observa un escritorio con un teléfono y con algunas libretas de apuntes, papeles sueltos y lápices colocados como si reprodujeran el caos de las mesas de redacción de los periódicos. Más allá, se ven algunos muebles de madera sobre los cuales se acumulan cientos de negativos en proceso de clasificación; una mesa de luz, los guantes de los archivistas, una lámpara, varios archiveros, los rollos plásticos para el archivado de negativos... en fin, todo el instrumental necesario para la labor informativa, periodística y documental que aquí se lleva a cabo.

Lupita me anuncia que el maestro no tardará en salir del cuarto oscuro donde se encuentra revelando algunos materiales. Mientras tanto, aprovecho el tiempo para mirar la gran cantidad de imágenes de todo tipo que hay en las paredes de la casa. En una de ellas, lucen sus relieves y sus formas rebuscadas tres obras de pequeño formato de la amiga del fotógrafo, la llamada "pintora del negro", Beatriz Zamora. En otro de los muros, lo mismo se aprecia un calendario donde luce un retrato de Amparo —la hija pequeña del fotógrafo, que ya carga siempre su cámara—, que un cartel de Man Ray o una postal con las calaquitas beodas y bailadoras de José Guadalupe Posada, de quien, por cierto, Héctor García admite haber aprendido gran parte del humor mordaz que identificamos en sus fotografías. (Basta, para confirmarlo, hacer la analogía entre la famosa *Catrina* del ilustre grabador y la no menos conocida escena de *Nuestra señora sociedad* de Héctor García.)

De alguna manera, todas las imágenes exhibidas en estas paredes hablan con elocuencia de la trayectoria y

de la personalidad de Héctor García. Sobre uno de los muebles —donde "se encuentran los seiscientos mil negativos que ya han sido archivados", según me comenta orgullosa Lupita—, observo enmarcada, en el centro de una *marialuisa* negra, una imagen conocidísima para cualquier mexicano. Me acerco para contemplar la escena del *Obrero en huelga asesinado*, de don Manuel Álvarez Bravo. Pienso en el doble valor que esta imagen posee para Héctor García: en primer lugar, por la trágica realidad social que el contenido de la foto revela y, en segundo, por ser una de las obras cumbres de su "más queridísimo maestro". "Esa foto es una obra magistral", me dirá después Héctor García.

Junto a esta imagen, se encuentra enmarcado el diploma que Héctor García recibió hace años de la Universidad de Florencia, en reconocimiento a su película documental *La Semana Santa cora*, trabajo fílmico que fue, en realidad, una secuela del reportaje gráfico sobre el mismo tema que realizó junto con Fernando Benítez. Este galardón, con sus tres premios nacionales de periodismo forma parte de los múltiples honores que nuestro fotógrafo... iba a decir ostenta pero, por su manera de ser, es evidente que Héctor García no ha pretendido ostentar ni el éxito ni la fama ni nada. Por el contrario, su labor ha sido mucho más simple —que no sencilla—: testimoniar e informar el devenir de la sociedad.

En otro muro, veo enmarcada la fotografía que Héctor García tituló *Paso a la luz*; en ella ha sido captada a contraluz una pequeña niña en el momento justo de salir corriendo de un recinto oscuro rumbo a la luz calurosa del día. Alguna vez Antonio Rodríguez escribió que los niños aparecen en las imágenes de Héctor García como un *leitmotiv*. Lo cautivante de esta imagen radica en el sentido del movimiento que ha captado el fotógrafo y la inmediatez con la que ha actuado, dos características inherentes del fotoperiodismo y no excluyentes de la fotografía artística.

II

Héctor García aparece detrás de una de las puertas que dan a la estancia secándose las manos y mostrando en su cara redonda una amplia sonrisa. Es él quien me interroga a mí acerca de cómo me va y me toma amablemente del brazo para conducirme a la mesa del comedor. Luego, se sienta frente a mí, prepara su café instantáneo, se acomoda el abrigo y la pañoleta roja que lleva atada al cuello y voltea a ver-

me expectante respecto a las preguntas que he venido a hacerle.

Mantenemos una conversación durante aproximadamente una hora y media, lapso en el cual el fotógrafo discurre sobre el fotoperiodismo en México, sobre el futuro de la fotografía y sobre su manera de trabajar y de entender su oficio de informador. “El fotógrafo de prensa —me dice— debe ser consciente de que constituye los ojos de la sociedad. Debe ser como el espíritu santo: todo lo sabe, todo lo ve y todo lo cuenta.”

La manera de hablar de Héctor García es cautivante: con su voz un poco apagada, el fotógrafo se expresa pausadamente, meditando cada una de las palabras que dice; no obstante, si se pretende interrumpirlo durante alguno de sus silencios lanza una mirada directa al interlocutor y adelanta su respuesta levantando la voz. Héctor García es de esas personas que poseen un lenguaje donde se halla fosilizada la historia de su vida. De la misma manera en que, durante su plática, recurre a algún albur o algún refrán que aprendiera en la pulquería Los Monos de su Candelaria de los Patos, también suelta, de repente, un *pochismo* que ha quedado como huella de su experiencia de bracero en los Estados Unidos, un pasaje de la Biblia o una cita de Goethe, o habla de su fascinación por *El jardín de las delicias* del Bosco.

Así de polifacético es Héctor García. Y esto no es gratuito. Por lo contrario, es el producto de la disciplina que se ha impuesto: informarse para acudir al lugar preciso y tomar la fotografía. Para “escribir con luz”, como él prefiere referirse a su actividad. Y es que la luz es toda su pasión. “¿Sabes qué le contestó Diógenes al emperador Carlo Magno cuando éste le ofreció lo que quisiera de todo el reino?” —me pregunta el fotógrafo—. “Le dijo que por favor se hiciera a un lado y no le tapara el sol. ¿Lo ves? Es una lección magistral. El sol no sólo sirve de cobija a los pobres sino que es por excelencia el bien primigenio... es el dador de la vida y eso lo sabemos por naturaleza, porque lo corroboramos constantemente.”

“La fotografía no es otra cosa que la extensión de esos órganos que funcionan como nuestros faros, es decir, nuestro ojo... es la herramienta hecha a la imagen y semejanza de la visión del hombre” —me comenta el fotógrafo que previamente ha fantaseado con la idea de que la cámara ideal sería aquella que pudiera llevar adentro de sus propios



ojos—: “Imagínate, podría fotografiar mis sueños, de los que nunca me acuerdo... pero eso es imaginar nada más, porque, en realidad, se puede hacer excelente fotografía con cualquier cámara. Lo importante es tener ojo.”

De pronto el fotógrafo interrumpe la conversación y observa su reloj. “Oye, échame un aventón, ¿no? Voy al centro a una exposición de la plástica mexicana en la Confederación de Educadores Americanos y ya se me hizo tarde.” Cuando nos levantamos de la mesa, me dispongo a tomarle una fotografía a Héctor García en el centro mismo de su inmenso archivo fotográfico. En el momento de levantar la cámara, escucho la voz de Lupita que desde su silla me comenta: “¿Sabes?, trabajar con el maestro es todo un lujo... Yo llevo treinta y cinco años de fotógrafo y él es quien me ha enseñado casi todo, a veces con consejos y a veces con mentadas de madre. Así es como se aprende el oficio.” A través del visor observo a Héctor García que voltea a ver a su colaboradora y, al escuchar lo que ella dice, suelta abiertamente una carcajada... ¡Click! Así, de medio cuerpo y de perfil, con abrigo, bufanda y el sombrero que cubre casi toda su cabellera, un poco larga y por completo blanca, ha quedado suspendido Héctor García en este instante del tiempo del que me he apropiado.

III

Transitamos con lentitud por Isabel la Católica rumbo al centro de la ciudad. Aprovecho un alto de un semáforo y miro al fotógrafo. Ahí está junto a mí el decano de la fotografía de prensa en México. Con su 1.85 cm de estatura,

Héctor García ha tenido que encorvarse a medias para entrar en el Volkswagen en que viajamos. Él no se percata de que lo observo, va atento a lo que sucede del otro lado de la ventana. Su mirada es estimulada por todo. Rápidos, puntuales y ágiles los ojos del fotógrafo se posan, en quince segundos, en seis, siete... ocho objetivos diferentes. Héctor García no mira por ocio ni por distracción. Su mirada desea descubrir algo específico en lo que abarca: el transeúnte conspicuo y urbano, el sombrero que pasa por delante de nosotros, la fachada del edificio colonial, el vendedor de lotería viejo y desdentado, el pasajero del automóvil aledaño, la elegancia de la oficinista vestida de traje sastre.

Me doy cuenta de que ha sido esa misma inquietud *voyeurista* la que ha llevado al fotógrafo a testimoniar aquí mismo, en el centro de la ciudad —en lo que él llama “el corazón de su *capirucha* linda, el ombligo de América”—, el paseo de las antorchas del movimiento vallejista en el 58, la masacre de estudiantes del movimiento del 68, el Jueves de *Corpus*, etcétera, etcétera. Aquí, en este lugar por el que ahora transitamos, Héctor García ha reconocido los valores y las contradicciones de su pueblo y de su propia condición: “Este centro lo llevo tatuado en mi experiencia”, me dice.

Nacido en el barrio pobre —y actualmente desaparecido— de La Candelaria de los Patos y vecino del entonces “Centro Dorado” de la Ciudad de México, Héctor García inició sus andanzas callejeras de *patadeperro*, como solía llamarlo su madre, en un pequeño cosmos conformado por los museos y el campo de Balbuena, así como las pulquerías, la carpa Mariposa y el mercado de La Candelaria. Desde entonces, los ojos del futuro fotógrafo fueron identificando una variada gama humana que incluía desde los *teporochos*

y asaltantes de su propia vecindad hasta los “arrieros de almas” de la Catedral y la suntuosidad de los hombres del Palacio Nacional. Sin darse cuenta, aquel pequeño candelario que la hizo de *vendechicles*, mandadero y recadero para procurarse las tortillas diarias y que, posteriormente, se convirtió en huésped del Tribunal de Menores, fue adquiriendo una cierta universalidad que le proporcionaría las herramientas para escapar de una de las pocas cosas seguras de su condición miserable: “en mi barrio la muerte natural era a los veinticinco años por una cuchillada y para el que no, le aguardaban el hambre y la enfermedad”.

Pero el pato de la Candelaria desplegó las alas o, lo que es lo mismo, el *patadeperro* de Juan de la Granja optó por viajar. En efecto, Héctor García se subió a un tren a los siete años para ir de polizón rumbo a Veracruz en un primer intento de probar su vocación de andariego; y luego, ya como *burro* del Politécnico, se aventó de bracero a los Estados Unidos para conocer ahí los rudimentos de lo que se volvería su actividad *ad vitam aeternam*. Con el tiempo, surgió un viajero incansable que igual supo, “como dice Don Juan Tenorio, subir a los palacios y bajar a las cabañas”, porque de la misma manera en que Héctor García ha sumado miles de kilómetros al recorrer con su cámara los paisajes y las costumbres de Asia, África y Europa, así también se ha sumergido en el México profundo de los indígenas, en el México abandonado de los vilipendiados o en el México político de los obreros, de los estudiantes y de los luchadores sociales. Aun al hablar en primera persona, prefiere que sea en plural y no en singular. Nunca yo, siempre nosotros. A Héctor García “no le interesa ser, sino que seamos”.

De tal suerte es el andar de este fotógrafo que va siempre atento buscando blancos para su ojo de gatillero: “Yo, como Pancho Villa, primero disparo y después *viriguo*.” La mirada incesante de Héctor García ha establecido una relación íntima con la fotografía para contar lo que ha visto y ha sentido:

Yo me realizo por medio de la fotografía y esa realización consiste en la satisfacción de lograr una toma de algo que me gusta mucho o que me entristece mucho o que me indigna o que me tortura o que me embelesa. Lo que yo hago es un oficio que estaba reservado para mí y había que aprovecharlo; tenía un ojo y una técnica.



no me interesa ser, sino que seamos

Próximos a llegar a nuestro destino, alguien en la banqueta se agacha repentinamente y se asoma al interior del automóvil. “¡Maestro, maestro querido” —exclama el individuo y se acerca para introducir su mano por la ventanilla del Volkswagen y darle un abrazo medio torcido a Héctor García—. “Maestro, ¿cómo te va?, qué lindo eres... ahí tengo una botella de whisky esperando cualquier día en mi casa.” El semáforo se pone en verde y comenzamos a avanzar: “Muy bien... muy bien, no la vayas a tirar” —le contesta apresurado el fotógrafo—. Entonces rien, celebran y se despiden. Luego me dice Héctor García: “es un viejo compañero fotógrafo del *Excelsior*”. En la calle de Donceles doblamos para llegar al Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, donde simultáneamente se llevan a cabo la inauguración de *Identidad y diversidad cultural* de la plástica mexicana y una muestra litográfica de David Alfaro Siqueiros.

IV

Los lazos de Héctor García y David Alfaro Siqueiros son irreductibles. En todo lo que están implicados la obra y el pensamiento del muralista, ahí se hace presente también nuestro fotógrafo para opinar y polemizar sobre su maestro. Acerca del famoso retrato donde Siqueiros aparece tras las rejas, mirando incisivo con su temperamento incólume y extendiendo la palma de su mano, el fotógrafo me comentó:

Siqueiros estaba detrás de la reja, platicando, meditabundo. Estaba casi inmóvil, pero no me gustaba la imagen como de vencido. Así que platicamos y creo que en mi subconsciente estaba funcionando su autorretrato famoso de la guerra de España que tituló *El Coronelazo*. Le dije: “¿cómo te parece esto?” Se empezó a animar, puso las manos sobre los barrotes y de pronto me dijo, así, muy severamente, “vas a ver cómo esto redundará en bien de México”. Extendió la palma de su mano y en ese instante tomé la fotografía.

Héctor García se detiene en cada una de las piezas y las observa con paciencia; luego me comenta que seguramente las litografías fueron revisadas por el mismo Siqueiros “porque son de excelente calidad”. Más tarde, el fotógrafo recorre la exposición colectiva de la plástica mexicana. Las obras de Aceves Navarro, Raúl Anguiano, Tamayo, Carlos Mérida y muchos más muestran sus trazos y sus magníficas formas y coloridos en los tres pisos del edificio. Héctor García se detiene frente al cuadro de Francisco Corzas, “mi que-

ruido amigo, siempre con la guitarra en las manos”, y, más adelante, frente a una obra de Juan Soriano, observa el perfil finamente trazado con lápiz de una mujer: “Éste, sin duda, es un retrato de Lola Álvarez Bravo.”

En el tercer piso, Héctor García se topa con una de sus fotografías y la mira como quien reencuentra a un viejo conocido. Luego, el fotógrafo se acerca para verificar la impresión de la fotografía y continúa su recorrido. Me quedo contemplando la imagen. En ella, un grupo de niños alegres se aglutina para no quedar fuera del encuadre de la cámara; sonrisas, miradas, manos que saludan es lo que en la escena ha captado el fotógrafo. Pero en la barda del fondo se impone como un estigma el logotipo del partido oficial que, dentro de su círculo, parece englobar implacable y amenazadoramente a toda la chamacada. Se trata de *Los niños del partido*.

Al salir de la galería tras los discursos, los bocadillos, el vino, los aplausos y todo el ritual acostumbrado, caminamos Héctor García y yo por la calle oscurecida de Donceles. Los compañeros y la copa de vino han animado al fotógrafo. Me dice:

Cinco cuerdas para allá estaba La Candelaria pero no ha quedado nada, si acaso el atrio y la pequeña capillita donde año con año hincaban el mástil encebado en el que yo trepaba para ganarme unos guaraches o una camisa, mientras todos los empulcados parroquianos me gritaban y me animaban a subir.

En el automóvil, de nuevo sobre la Calzada de Tlalpan, reanudo la entrevista y le lanzo a Héctor García tres preguntas rápidas: ¿qué le gustaría haber fotografiado en la historia? “Bueno, pues, me gustaría haber acompañado a Cortés en la conquista de estas tierras; la historia sería otra si entonces hubiese existido una cámara fotográfica.” ¿Qué le gustaría fotografiar en estos momentos? “Sin duda, los desastres del huracán Paulina: se confirma mi vocación de informador.” Cuando nos encontramos frente al zaguán negro de su casa le planteo la última: si volviera a nacer y tuviera la opción, ¿volvería a ser fotógrafo?

Mira: una vez yo utilicé este tipo de entrevistas rápidas con Orozco y le pregunté qué sería si no fuera pintor y él me contestó: si no fuera pintor sería pintor. Pero yo no te voy a contestar en esos términos porque para mí esas preguntas que incluyen *el hubiera* carecen de lógica. Son, más que una paradoja, una *para-joda*. Te voy a contestar como dice el lépero refrán: si mi tía tuviera ruedas pues entonces sería bicicleta. ♦